

La elección de un bando: hugonotes y jacobitas en la Guerra de Sucesión de España

Jean-Pierre Amalric
Université de Toulouse - Le Mirail
Bauza@univ-tlsez-gr

Resumen

Considerando la Guerra de Sucesión de España en tanto que conflicto europeo, el autor se pregunta sobre las motivaciones de los actores de diversas nacionalidades, enfrascados anteriormente en otros conflictos. Se destacan dos casos: el compromiso de los hugonotes franceses al servicio de los aliados (particularmente de Inglaterra) y del Archiduque, y el de los jacobitas británicos e irlandeses (en particular el duque de Berwick) al lado de los Borbones. En ambos casos, las justificaciones de estas elecciones son a la vez de naturaleza religiosa y dinástica, lo que muestra la complejidad del conflicto.

Palabras clave: Guerra de Sucesión, duque de Berwick, jacobitas, Borbón.

Resum. *L'elecció d'un bàndol: hugonots i jacobites a la Guerra de Successió d'Espanya*

Considerant la Guerra de Successió d'Espanya com a conflicte europeu, l'autor es pregunta sobre quines són les motivacions dels actors de nacionalitats diverses, endinsats anteriorment en altres conflictes. Se'n destaquen dos casos: el compromís dels hugonots francesos al servei dels aliats (particularment d'Anglaterra) i de l'Arxiduc, i el dels jacobites britànics i irlandesos (sobretot del duc de Berwick) fent costat als Borbons. En tots dos casos, les justificacions d'aquestes eleccions són a la vegada de natura religiosa i dinàstica, la qual cosa mostra la complexitat del conflicte.

Paraules clau: Guerra de Successió, duc de Berwick, jacobites, Borbó.

Abstract. *Choosing a Side: Huguenots and Jacobites in the War of Spanish Succession*

Considering the War of Spanish Succession a European conflict, the author reflects on the causes to intervene alleged by some divers nations and groups from French calvinists to English and Irish jacobites.

Key words: War of Spanish Succession, duke of Berwick, jacobites, Bourbon.

Como prólogo a su reciente libro, Josep M. Torras i Ribé no dudó en afirmar con especial énfasis la necesidad de «repensar la Guerra de Successió», es decir, romper con lo que califica de «interpretación reductora [...] centrada sobre los efectos de la derrota», desde un punto de vista catalán, evidentemente¹. El propósito es atrevido y saludable, aunque la tarea sea arriesgada: tantos intereses están en juego, tantos actores se enfrentan que la perspectiva trazada por cualquier historiador corre el riesgo de depender del punto de vista en el cual se sitúe para describir e interpretar este conflicto multiforme.

La Guerra de Sucesión de España, tanto por su razón de ser como por la diversidad de beligerantes que participaron en ella, es a la vez una guerra interior, que toma en España un carácter de guerra civil, y una guerra tanto europea como mundial, implicando a casi todas las potencias. Y sería poco decir. *Stricto sensu*, la guerra interina enfrenta a los partidarios respectivos de los dos pretendientes al trono de España, que son Felipe V, descendiente de la dinastía francesa de los Borbones, designado *in extremis* en el testamento de Carlos II y proclamado rey a finales de 1700, y su rival austríaco, el archiduque, convertido en Carlos III para los *austríacistas*. Pero la intensidad del conflicto se debe al encadenamiento de esta crisis dinástica, que cierra el enfrentamiento secular entre la casa de Francia y la casa de Austria, con la crisis institucional, abierta por las prevenciones, y más tarde la rebelión de los países de la Corona de Aragón. Y es que si los partidarios del archiduque tenían que reclutar entre diferentes tipos de opositores a los Borbones y al tipo de absolutismo que encarnaban, incluso en el seno de la aristocracia castellana, es en la Corona de Aragón, y más particularmente en Cataluña, donde encontraron sus principales apoyos, pero no los únicos: en el último trabajo publicado antes de su trágica muerte, el añorado Ernest Lluch aclaró las motivaciones políticas de dos de estos militantes por la causa del archiduque, uno de ellos catalán (Vilana Perlas), el otro probablemente aragonés de origen navarro (Juan Amor de Soria)².

Un enfrentamiento prolongado durante doce años, de un lado a otro de Europa y hasta el nuevo mundo, ha dejado huellas distintas en la memoria de los pueblos. Mientras que el catalanismo ha hecho de la conmemoración de la caída de Barcelona, el 11 de septiembre de 1714, el objeto de la afirmación de identidad celebrada con la *diada*, este ciclo guerrero no ha dejado apenas más rastro entre los escolares franceses que el refrán familiar de una canción infantil, «Malbrough s'en va-t-en guerre [...]» ¿Pero acaso alguno de ellos podría explicar el papel del duque de Marlborough, «el hombre más funesto para la grandeza de Francia de los que se han podido ver desde hace siglos» a ojos de Voltaire³? En otras partes de Europa,

1. TORRAS I RIBÉ, Josep M. (1999). *La Guerra de Successió i els setges de Barcelona (1697-1714)*, Barcelona: Rafael Dalmau, p. 13.
2. LLUCH, Ernest (2000). *L'alternativa catalana (1700-1714-1740): Ramon de Vilana Perlas i Juan Amor de Soria*, Vic: Eumo. El origen aragonés de Amor de Soria parece demostrado por una mención de una de sus obras, pero un posible origen castellano no queda descartado por el autor, p. 35, nota 37.
3. VOLTAIRE, (1957). *Le siècle de Louis XIV*, en: *Œuvres historiques*, Bibliothèque de la Pléiade, París: Gallimard, p. 821: «l'homme le plus fatal à la grandeur de la France qu'on eût vu depuis plusieurs siècles».

en los países entonces beligerantes, la memoria de esta guerra no se mantiene tampoco mucho más entre nuestros contemporáneos. Como mucho, hoy en día, los diplomáticos y los responsables políticos de la Unión Europea vuelven a evocar la toma de Gibraltar por el príncipe de Hesse-Darmstadt, en 1704, y las cláusulas de los tratados de Utrecht cuando algún incidente despierta de nuevo el contencioso sobre la situación del Peñón.

Sin embargo, trabajos más recientes ponen mejor en evidencia la dimensión internacional del conflicto, incluso cuando su enfoque trata esencialmente de Cataluña. Así, vemos Joaquim Albareda, según el cual «cal que no perdem de vista el caràcter eminentment internacional de la Guerra de Successió, amb la qual les potències aliades pretenien posar fre a l'expansió de Lluís XIV⁴». Dado que en esta guerra de sucesión el destino de España no era lo único que estaba en juego, ya que dependían de ello tanto el equilibrio europeo como el destino del imperio de Indias construido desde la *conquista*. En particular, la duración excepcional de la guerra sólo puede entenderse en la medida en que puso frente a frente las principales potencias europeas: en las dos coaliciones presentes, cada una de ellas hace su juego, incitada por motivaciones particulares, prosiguiendo sus propios objetivos, empleando los medios humanos y materiales de los cuales dispone, poniendo en primera línea personalidades capaces de forzar los hechos. Sin duda los dos adversarios que pretendían al trono recibieron en el transcurso de la guerra el apoyo de compatriotas dispuestos a pagar con su vida. De buen grado o por fuerza, Felipe V tuvo que aceptar de manera durable la presencia cada vez mayor de consejeros franceses, como la princesa de Ursins, el embajador y ministro Amelot, el administrador y financiero Orry, con el riesgo de provocar reacciones xenófobas de los aristócratas españoles. Por su parte, el archiduque, llamado a España gracias a la enérgica acción del príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt, una vez que hubo logrado establecer en Barcelona su casa real y su gobierno, debía encontrar un apoyo sin fisuras entre los austríacos que vinieron a rodearlo y apoyarlo, el príncipe de Liechtenstein, Zinzerling, el mariscal Strahemberg... Estos apoyos eran comunes.

Desde otro nivel, el comercio internacional se transforma en tiempos de guerra en una cantera de agentes de información y representantes oficiosos. En su reciente obra, Josep M. Torras i Ribé ha puesto en evidencia la acción decisiva de estas redes de negocios, insistiendo en «l'existència a Catalunya d'un influent grup de comerciants estrangers que mantenen relacions privilegiades amb els principals exponents de l'austriacisme català, de tal manera que aquestes relacions han estat considerades com l'autèntic embrió del partit austriacista⁵». Es a uno de estos comerciantes ingleses establecidos en Cataluña, Mitford Crowe, a quien el gobierno de la reina Ana confía, en 1705, la negociación del «pacto de Génova» concluido con los partidarios catalanes del archiduque y asegurando así su reconocimiento inter-

4. ALBAREDA, Joaquim (2000). *La Guerra de Successió i l'onze de setembre*, Barcelona: Empúries, p. 32.

5. TORRAS I RIBÉ, J.M., *op. cit.*, p. 80. El autor cita sobre todo los nombres de los holandeses Johan Kies y Arnold Jäger, del cónsul inglés J. Shallett y el de Mitford Crowe.

nacional⁶. Sin duda alguna, como bien lo ha destacado Henry Kamen, el papel de los comerciantes y de los hombres de finanzas franceses establecidos en Madrid y en Cádiz, no fue menor al servicio de Felipe V⁷.

La composición de los ejércitos estuvo marcada por el carácter multinacional de cada uno de los bandos enfrentados, aunque cabe contar con las capacidades y las motivaciones de los combatientes propiamente dichos, y de una manera más general de los actores movilizados al servicio de propósitos antagonistas. Sin duda, el apremio del poder de los principales estados, así como la presión ya perceptible de sentimientos nacionales pueden explicar que el combate movilizase masas humanas más numerosas que en conflictos anteriores, es decir, del orden de 600 000 hombres en cada uno de los partidos en coalición⁸. Pero no debemos ignorar que la coerción del soberano no basta para mantener un esfuerzo de guerra tan importante si no es apoyada por la convicción de estar sirviendo una causa legítima, e incluso por la libre elección del combate a seguir. En efecto, este conflicto multiforme suscitó, a un nivel que no había sido alcanzado hasta entonces, el compromiso decidido de individuos y grupos a los cuales no parecía concernir *a priori*.

Tratándose de individuos, la elección de un bando ha sido y sigue siendo, ciertamente, un privilegio para unos aristócratas que no creen estar traicionando ausentándose de su patria de origen para ponerse al servicio de un soberano extranjero. «El primer general que zarandó la superioridad de Francia fue un francés; pues debemos llamar por ese nombre al príncipe Eugenio, a pesar de que fue nieto de Carlos-Emanuel, duque de Saboya⁹». A este respecto, el comportamiento del príncipe Eugenio, educado en la corte de Francia antes de pasar al servicio de emperadores sucesivos, puede aproximarse de los ilustres precedentes del condestable de Borbón y del gran Condé, y no constituye pues una novedad radical: conocemos el brillante papel que tuvo a la cabeza de los ejércitos imperiales durante la Guerra de Sucesión.

Como si de una reacción en cadena se tratase, la guerra relanza finalmente algunos conflictos recientes, que el tiempo no ha cicatrizado, metiendo en medio de la batalla grupos solidarios de luchas anteriores, donde sufrieron la derrota. Pensamos en primer lugar en conflictos de tipo institucional y nacional, en el seno de las grandes monarquías sumisas en procesos centralizadores. Y primero en España, donde el origen de las hostilidades y la llegada del archiduque no tardan en despertar las fuerzas empeñadas en la defensa de las instituciones de la Corona de

6. Llegado a Cataluña antes de 1690, Crowe se entregó al comercio de granos y de aguardiente, que fabricaba en una destilería que poseía en Reus. Simultáneamente, proseguía una carrera política en Inglaterra (miembro del Parlamento en 1701-1702) y se convertía en agente de la diplomacia inglesa bajo el nombre código de «the bird». Cf. TORRAS I RIBÉ, J.M., *op. cit.*, p. 81-82.
7. Podemos referirnos a los diversos nombres de hombres de negocios franceses citados por: KAMEN, Henry (1974). *La Guerra de Sucesión en España, 1700-1715*, Barcelona: Grijalbo, p. 88-89.
8. CORVISIER, André (1992). *Histoire militaire de la France*, tomo I, París: Presses Universitaires de France, p. 531. El autor estima en 450 000 los efectivos aliados de soldados regulares, de los cuales 140 000 imperiales, 75 000 ingleses, 125 000 holandeses, 25 000 portugueses, 25 000 piemonteses y unos 150 000 hombres en las milicias y las marinas anglo-holandesas.
9. VOLTAIRE, *op. cit.*, p. 813.

Aragón, particularmente en Valencia y sobre todo en Cataluña. Es posible ver un caso ejemplar, al cual se le ha dedicado una importante historiografía, sobre algunos desafortunados intentos de levantamiento que tuvieron lugar en el transcurso del mismo periodo en las dos monarquías aliadas contra Francia. En Gran Bretaña, la insurrección de Escocia contra la monarquía inglesa debía fracasar durante la desafortunada expedición del pretendiente Jacobo III organizada con la ayuda de una flota francesa (1708). En cambio, la guerra de independencia húngara de los *Malcontentos*, bajo el impulso de Francisco II Rákóczi, alzándose contra la dominación austríaca y llegando hasta la secesión durante la dieta de Onod (1707), se prolongaba durante años con la parca ayuda prestada por Luis XIV, para acabar cediendo en 1711, especialmente a causa del «aislamiento diplomático al que contribuyó la diplomacia francesa rechazando, con espíritu rutinario, de jugar la baza rusa¹⁰». Los distintos destinos de estas resistencias nacionales deben tanto a la eficacia de los apoyos que recibieron de sus aliados respectivos (Inglaterra o Francia) como a su mayor o menor cohesión interna.

Omitidos demasiado a menudo, otros dos conflictos internos, con connotaciones religiosas, vinieron igualmente a interferir en la Guerra de Sucesión, y esta vez coincidiendo con los combates que tuvieron lugar en España. Voltaire observa que, en la península Ibérica, en 1706, «era un francés, convertido en noble inglés, quien les daba las órdenes (a los portugueses), milord Galloway, antaño conde de Ruigny; mientras que el duque de Berwick, inglés, y sobrino de Marlborough, estaba a la cabeza de las tropas de Francia y España [...]» —en otras palabras: un hugonote francés y un católico inglés. Estamos frente a algo más que una pura coincidencia, y en este sentido el escepticismo de Antonio Domínguez Ortiz respecto al carácter que pudo revestir la Guerra de Sucesión *en España* en tanto que guerra de religión¹² estaría menos justificado si considerásemos a ésta en *su dimensión europea*. En Inglaterra y en Francia, los años 1680 habían estado marcados por el resurgimiento de la tensión que había enfrentado al catolicismo con el protestantismo desde el siglo XVI, abriendo así un último ciclo de guerras religiosas aparecidas con la Reforma. En Inglaterra, el derrocamiento de Jacobo II por Guillermo de Orange, durante la «glorious Revolution» de 1688, había sido en gran parte motivado por el temor al restablecimiento de los derechos y de los antiguos poderes del «papismo». La monarquía orangista, cuyos fundamentos estaban impuestos a la reina Ana, haría de la defensa del protestantismo uno de los pilares de su legitimidad, solemnemente establecido por el Act of Settlement de 1701, excluyendo los católicos de la sucesión al trono, y proclamado por el lema que figura sobre la bandera inglesa: «For the protestant religion and liberty of England». Por eso debemos considerar que el papel de la alianza protestante, que reunía la monarquía inglesa y las Provincias Unidas, debía ser decisivo en esta guerra. Frente a ella, de manera diametralmente opuesta, Luis XIV situó a la monarquía francesa sobre la vía de un catolicismo autoritario e intolerante, ilustrado en 1685 por la Revocación

10. BÉRENGER, Jean (1990). *Histoire de l'Empire des Habsbourg*, París: Fayard, p. 409.

11. VOLTAIRE, *op. cit.*, p. 847.

12. DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio (2000). *España, Tres milenios de historia*, Madrid: Marcial Pons, p. 205.

del edicto de Nantes. Podemos admitir que, desde un punto de vista internacional, esta opción favoreció el acercamiento dinástico entre el rey Cristianísimo y la monarquía de los Reyes Católicos. Emmanuel Le Roy Ladurie extrema su ironía hasta llegar a la conclusión de que «el ejército francés, en los años 1700, maniobrará en la devota España como pez en el agua¹³».

De una y otra parte, la minoría religiosa, viéndose rechazado todo estatuto legal, no tiene más alternativa que elegir entre una abjuración coaccionada o un exilio a tierras extranjeras, donde su religión tuviese derecho de ciudadanía. Para los hugonotes franceses, la emigración comenzó en los años de represión que preceden a la Revocación, ofreciendo un hogar a la ola de exiliados que expulsa la Revocación (a pesar de la prohibición que les fue hecha). Así se constituye lo que la historiografía del protestantismo denomina el «Refugio», que se reparte entre Suiza, los principados protestantes de Alemania (en particular, Brandeburgo, convertido en 1701 en reino de Prusia), y naturalmente Holanda y Gran Bretaña.

Esta diáspora sintió de manera violenta la persecución de la cual fue víctima. Para alguno de sus pastores —en particular el famoso Jurieu, establecido en Róterdam— su sufrimiento se inscribe en una perspectiva apocalíptica: «es particularmente en Francia donde [...] la profesión de la verdadera religión ha de ser abolida por completo. [...] Si algunos se resisten, saldrán del Reino o morirán¹⁴». Pero la persecución no será más que de corta duración, pues «toda Europa contribuirá a impedir que Francia no alcance su objetivo de extirpar la verdad». «Ya, prosigue, todos los protestantes se reúnen de interés por todas partes», y el final del «Imperio del papismo» está cercano, inminente en Inglaterra, posteriormente en Francia a quien Dios enviará un soberano reformado, mientras que «la casa de Austria empieza incluso a conocer mejor sus verdaderos intereses¹⁵». Para acabar, «los papas expulsados del resto de Europa irán aparentemente a refugiarse entre los españoles, de cuyo corazón será bastante difícil arrancar el papismo¹⁶». Sin compartir forzosamente estas visiones, numerosos hugonotes de la diáspora no dejan de estar dispuestos a pagar con su vida para proseguir el combate contra el tirano babiloniano, tal i como se dibuja ante ellos el Rey Sol. Por eso, desde la Guerra de la Liga de Augsburgo (o de los Nueve Años) se ha visto constituir, particularmente en Inglaterra, regimientos como el del que, el 29 de julio de 1693 en la batalla de Neerwinden, el rey Guillermo tomó la cabeza, «todo compuesto de gentilhombres franceses a los que la fatal revocación del edicto de Nantes y las dragonadas habían forzado a abandonar y odiar su patria¹⁷».

Así pues, el rol desempeñado por los hugonotes franceses, al servicio de Inglaterra, durante la Guerra de Sucesión de España no tendría nada de accidental. A este respecto, el destino excepcional de uno de los principales jefes de guerra, el general Galway, resulta ejemplar, tal y como lo sintió de manera admirable

13. LE ROY LADURIE, Emmanuel (1991). *L'Ancien Régime, I, 1610-1715*, París: Hachette, p. 306.

14. JURIEU, Pierre (1994). *L'accomplissement des prophéties*, edición de Jean Delumeau, París: Imprimerie Nationale Éditions, p. 153.

15. JURIEU, Pierre, *op. cit.*, capítulo X, p. 154.

16. JURIEU, Pierre, *op. cit.*, capítulo IX, p. 135.

17. Este regimiento lleva el nombre de Ruvigny. VOLTAIRE, *op. cit.*, p. 780.

Saint-Simon en una página sólidamente documentada de sus *Mémoires*. No hay que dejarse engañar por el título de nobleza de Milord Galway (o Galloway), concedido por Guillermo III: en realidad, el general no es otro que el descendiente de un distinguido linaje de nobles hugonotes que habían rechazado someterse a la Revocación:

Estando cercana la paz [de Ryswick], el Rey la previno con una venganza apasionada contra milord Galloway, a la cual no hubiese estado a tiempo pronto después. Era hijo de Ruvigny¹⁸, y es lo que hay que explicar. Ruvigny [padre] era un buen, pero simple gentilhomme, lleno de vida, sabiduría, honor y probidad, bastante hugonote, pero con una gran conducta y una gran destreza. Estas cualidades, que le habían otorgado una gran reputación entre los de su religión, le habían dado muchos amigos importantes y una gran consideración en el mundo. Los ministros y los principales señores lo tenían en cuenta y no se quedaban indiferentes ante la posibilidad de hacerse pasar por uno de sus amigos, y los magistrados más importantes se apresuraban también por serlo. Bajo una apariencia bien sencilla, era un hombre que sabía unir la rectitud con la sutileza de lo que está en vista y los recursos, pero de quien la fidelidad era tan reconocida, que tenía los secretos y los depósitos de las personas más distinguidas. Fue, durante muchos años, el representante de su religión en la corte, y el Rey se sirvió a menudo de las relaciones que su religión le daba en Holanda, Suiza, Inglaterra y Alemania para negociar de forma secreta, y sirvió de manera muy útil. El Rey lo quiso y lo distinguió siempre, y fue el único, junto al mariscal de Schomberg, a quien el Rey ofreció hospedarse en París y en su corte, con sus bienes y la secreta libertad de su religión en su casa, en el momento de la revocación del edicto de Nantes; pero los dos lo rechazaron. Ruvigny se llevó lo que quiso, y también dejó lo que quiso, de lo que el Rey le permitió el usufructo. Se retiró a Inglaterra con sus dos hijos. [...] Su primogénito continuó con el disfrute de los bienes que su padre había dejado en Francia. Se dedicó al servicio del príncipe de Orange, durante la revolución, quien lo convirtió en conde de Galloway en Irlanda y lo hizo avanzar mucho. Era un buen oficial; tenía ambición; lo volvió ingrato: se distinguió con odio hacia el Rey y Francia, aunque fue el único hugonote al que se dejó gozar de sus bienes, incluso sirviendo al príncipe de Orange. El Rey lo avisó en varias ocasiones del descontento que tenía de su conducta; aumentó los prejuicios con más estrépito; al final, el Rey confiscó sus bienes y manifestó públicamente su cólera [...]¹⁹

18. Henri de Massué, marqués de Ruvigny, lugarteniente general, era el cuñado de Tallemant des Réaux y estaba en parentesco con Saint-Simon.
19. SAINT-SIMON (1983). *Mémoires*, edición de Yves Coirault, Bibliothèque de la Pléiade, París: Gallimard, tomo I, p. 358-359: «La paix (de Ryswick) s'approchant, le Roi la prévint par un trait de vengeance contre milord Galloway dont il n'aurait plus été temps bientôt après. Il était fils de Ruvigny, et c'est ce qu'il faut expliquer. Ruvigny [père] était un bon, mais simple gentilhomme, plein d'esprit, de sagesse, d'honneur et de probité, fort huguenot, mais d'une grande conduite et d'une grande dextérité. Ces qualités, qui lui avaient acquis une grande réputation parmi ceux de sa religion, lui avaient donné beaucoup d'amis importants et une grande considération dans le monde. Les ministres et les principaux seigneurs le comptaient et n'étaient pas indifférents à passer pour être de ses amis, et les magistrats du plus grand poids s'empresaient aussi à en être. Sous un extérieur fort simple, c'était un homme qui savait allier la droiture avec la finesse de vues et les ressources, mais dont la fidélité était si connue, qu'il avait les secrets et les dépôts des personnes les plus distinguées. Il fut, un grand nombre d'années, le député de sa religion à la cour, et le Roi se

Desde 1705, Galway se vio confiar por los aliados responsabilidades de primer plano. A la cabeza del ejército venido de Portugal, sitió Badajoz, pero debió ceder ante el acercamiento de la ayuda pedida por el mariscal de Tessé. Saint-Simon recoge que este «muy buen oficial [...] perdió un brazo» y tuvo que volver a Inglaterra para curar sus graves heridas²⁰. Es el mismo hombre que a partir de 1706 se reparte de nuevo el mando con el portugués Das Minas; el primero de julio, su ejército, potente de treinta mil hombres —portugueses, ingleses y holandeses— hizo victoriosamente su entrada en Madrid, de donde huyeron la corte y la reina, hacia Burgos, y el propio Felipe V, para proclamar allí a Carlos III rey de España²¹. Una victoria tan clamorosa como poco duradera, a causa de la hostil frialdad manifestada por la población madrileña, y de la guerra de movimiento del ejército mandado por Berwick, menos numeroso, que consiguió aflojar el torno y traer de nuevo Felipe V a Madrid a principios de octubre. Después de pasar el invierno en Valencia con el archiduque, durante la primavera siguiente, siempre asociado a Das Minas, Galway dirige la prueba decisiva que culmina con la batalla de Almansa, donde el 25 de abril su ejército experimenta una derrota estrepitosa, que le cuesta muchas pérdidas (5 000 muertos, 12 000 presos) y sufre de nuevo heridas graves. En la retirada, consigue no obstante llevar hasta Tortosa, en el Ebro, los poco más de cinco mil hombres todavía válidos. Más tarde, insiste aun en retomar el servicio, pero sufre de nuevo una fuerte derrota delante de Badajoz en 1709²². Ejerciendo su mandato en Portugal durante algunos años, el viejo general hugonote, debilitado por sus dolencias, deja de tener en adelante un papel de primer orden en las grandes operaciones que suceden en España aun como escenario.

Los hugonotes participan pues en los ejércitos aliados —esencialmente ingleses— con una constancia y una eficacia destacables. Pero algunos de ellos se muestran igualmente temibles sobre un terreno totalmente distinto: el de la guerrilla que mantienen en Francia contra los ejércitos reales durante la Guerra de los *Camisards*.

servit souvent des relations que sa religion lui donnait en Hollande, en Suisse, en Angleterre et en Allemagne pour y négocier secrètement, et il y servit très utilement. Le Roi l'aime et le distingue toujours, et il fut le seul, avec le maréchal de Schomberg, à qui le Roi offrit de demeurer à Paris et à sa cour, avec leurs biens et la secrète liberté de leur religion dans leur maison, lors de la révocation de l'édit de Nantes; mais tous deux refusèrent. Ruvigny emporta ce qu'il voulut, et laissa ce qu'il voulut aussi, dont le Roi lui permit la jouissance. Il se retira en Angleterre avec ses deux fils. [...] Son aîné continua à jouir des biens que son père avait laissés en France. Il s'attacha au service du prince d'Orange, à la révolution, qui le fit comte de Galloway en Irlande et l'avança beaucoup. Il était bon officier; il avait de l'ambition; elle le rendit ingrat: il se distingua en haine contre le Roi et contre la France, quoique le seul huguenot qu'on y laissait jouir de son bien, même servant le prince d'Orange. Le Roi le fit avertir plusieurs fois du mécontentement qu'il avait de sa conduite; il en augmenta les torts avec plus d'éclat; à la fin, le Roi confisqua ses biens et témoigna publiquement sa colère [...].»

20. SAINT-SIMON (1983). *Mémoires, op. cit.*, tomo II, p. 643. Erróneamente, Saint-Simon afirma que «no ha servido desde entonces». De hecho, llegado el 10 de agosto de 1705 a Lisboa y herido el 14 de octubre, debía encontrarse nuevamente con su mando en 1707 y eso hasta 1713.
21. COXE, William (1827). *L'Espagne sous les rois de la maison de Bourbon*, trad. Andrés Muriel, París, tomo I, p. 473-475.
22. SAINT-SIMON (1984). *Mémoires, op. cit.*, tomo III, p. 470.

Esta vez, no se trata más de soldados de oficio de origen noble o como mínimo burgués, sino de hombres del pueblo humilde del campo, en la región montañosa de las Cévennes. Su revuelta es una reacción a la persecución prolongada que tocaba al culto calvinista que reunió clandestinamente las asambleas del «Désert». Se alimentó, tal y como lo había observado Voltaire con una mezcla de piedad e irritación, de la difusión de un movimiento de profetismo popular, en el cual los inspirados «anuncian de parte de Dios el restablecimiento de Jerusalén y la caída de Babilonia²³». Pero las repercusiones de la revuelta que estalla en 1703 se centuplicaron por la tensión internacional que enfrentó las potencias protestantes al rey de Francia.

Un opúsculo de propaganda, publicado en Lieja a principios de 1704, milita en favor de la conjunción de la revuelta con la guerra internacional que comienza. El título es de lo más explícito: *L'Europe esclave si les Cévenols ne sont promptement secourus*. Para el autor —sin duda un noble hugonote refugiado en Holanda—, «el levantamiento de los *camisards* se ha vuelto tan considerable y están tan ventajosamente situados para perjudicar al enemigo común [...] que el destino general de Europa depende en cierta manera de su suerte particular²⁴». La potencia de la monarquía francesa, proseguía, «ha aumentado prodigiosamente desde que la monarquía de España ha pasado a manos de la Casa de Borbón». Para quebrantarla, «llevemos pues la guerra al corazón de Francia y aprovechemos el descontento que la opresión y el poder arbitrario han causado en el reino». El autor pide entonces a la reina Ana de ayudar a los *camisards*, constituyendo un destacamento de intervención proveído por los «más de trescientos oficiales franceses protestantes presentes en Inglaterra e Irlanda [...] para socorrer a sus hermanos oprimidos». En relación con el duque de Saboya, este ejército podría penetrar en Francia por los Alpes para «cruzar el Ródano y, juntándose con los *camisards*, convertirse en amo y señor del Bajo y Alto Lenguadoc» y empujar su ofensiva hasta Burdeos²⁵. El proyecto de coordinación estratégica de la guerra de los *camisards* con la acción de las potencias aliadas fue verdaderamente formulado, lo vemos, desde el principio de la Guerra de Sucesión de España.

Sensibles a estas llamadas, las potencias aliadas han considerado efectivamente varias operaciones de apoyo a los sublevados *camisards*, para abrir un nuevo frente sobre el propio territorio francés. Sin pretender elaborar aquí un inventario de estas tentativas, limitémonos a mencionar un ejemplo precoz sobre una operación de este tipo, de la cual el ministro Chamillart estuvo informado en todo momento sin demora: el 25 de junio de 1704, «cinco fragatas inglesas se marcharon de Villefranche²⁶ cargadas con 400 religionarios y 60 desertores», acompañados de 3 tartanas. La flotilla habría sido destinada sin duda a un desembarco en la costa del Lenguadoc, pero la tormenta la dispersó. La tartana *Patron Aude*

23. VOLTAIRE, *op. cit.*, p. 1059.

24. Citado por: HENRI BOSC (1987). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo III, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 68. Según el autor, el libro podría ser obra del marqués de Miremont o del marqués de Arzeliers.

25. HENRI BOSC, *op. cit.*, p. 69-81.

26. El puerto de Villefranche, próximo a Niza, estaba entonces controlado por el duque de Saboya.

fue arrastrada hacia el Cap de Creus, unos 70 soldados amotinados obligaron a los oficiales a desembarcarlos en L'Escala: 38 fueron arrestados por los campesinos en Sant Pere Pescador, otros 10 cogidos cerca de Girona. Confiados primero al gobernador de la fortaleza de Roses, son entregados a Quinson, lugarteniente general del Rosellón, quien les hizo llevar a Perpiñán y encarcelar en el Castillet²⁷. Los años siguientes se trazaron algunos otros planes, a veces llevados a la práctica (como el sitio del puerto de Sète), pero, por falta de medios suficientes y de un correcto seguimiento durante su ejecución, resultan repetidos fracasos, que acaban por arruinar la esperanza puesta por los *camisards* en una ayuda exterior. En definitiva, no parece que las potencias aliadas se decidiesen a reunir todos los medios necesarios para una penetración militar en el sur de Francia.

Sin embargo estos proyectos mantenían las esperanzas de los dirigentes Camisards que seguían activos sobre el terreno, y se mostraban capaces de mantener a raya las tropas reales enviadas para contener la revuelta. Entre ellos figura el héroe de una odisea guerrera que lo llevaría a España. La personalidad de Jean Cavalier marcó mucho a sus contemporáneos, de tal manera que Voltaire veía en él «el más acreditado de sus dirigentes y el único que merece ser nombrado», tras haberlo conocido bastante más tarde en Holanda e Inglaterra. «Era un hombre de pequeña estatura y rubio, con una fisonomía dulce y agradable. Lo llamaban David en su partido. Pasó de ser mozo panadero a dirigente de una importante multitud, a la edad de veintitrés años, por su coraje, y gracias a la ayuda de una profetisa que lo orientó por orden expresa del Espíritu Santo²⁸». Sin embargo, después de haber logrado hazañas increíbles frente a soldados de oficio, el jefe de los *camisards* pareció convencido de que la victoria sobre el terreno no podía ser eterna y que debía proseguir el combate de otra manera. En una entrevista con el comandante del ejército real, el mariscal de Villars en persona, en Nîmes, se iba a dejar convencer para abandonar el maquis cevenol (de las Cévennes), a cambio del reconocimiento ambiguo de su estatuto como oficial, lo que le sería reprochado de forma violenta por algunos de sus compañeros. Es el viraje decisivo de toda una vida como soldado aventurero, dudoso en dar el paso que lo conducirá a comprometerse en una guerra en tierras extranjeras. Aunque plebeyo, el destino de este personaje no pasó por alto al duque de Saint-Simon, quien traza una breve biografía, no exenta de inexactitudes:

Los fanáticos²⁹, vencidos y tomados en diversos encuentros, pidieron a mediados de mayo (1704) la posibilidad de hablar a La Lande, quien servía de oficial general bajo las órdenes del mariscal de Villars. Cavalier, su jefe, que era armero, pero que tenía espíritu y valor, pidió una amnistía para él, para Rolland, otro de sus dirigentes, para uno de sus oficiales que había tomado el nombre de Catinat, y para cuatrocientos hombres que tenían con ellos, un pasaporte y un camino para poder ir todos ellos hasta fuera del Reino, el permiso para todos los demás que quisiesen

27. Esta expedición está minuciosamente descrita por: HENRI BOSCH, *op. cit.*, tomo III, p. 696-706 y tomo IV, p. 44-56.

28. VOLTAIRE, *op. cit.*, p. 1060.

29. Los «*fanatiques*» son los *camisards*, según la terminología de la Administración real.

salir del Reino de hacerlo a su propia costa, libertad de vender sus bienes a todos los que desearían deshacerse de ellos, por último el perdón para todos los presos de su partido. Cavalier vio seguidamente al mariscal de Villars, andando con tanta prevención y sobre aviso como él, que pareció bastante ridículo. Dejó a los Fanáticos mediante mil doscientas libras de pensión y una comisión de lugarteniente-coronel; pero Rolland no se conformó, y permaneció como jefe del partido, que continuó a dar temores. Fue un concurso escandaloso de gente por ver a Cavalier allá por donde pasaba. Vino a París y quiso ver al rey, a quien sin embargo no fue presentado. Merodeó así algún tiempo, no dejó de parecer sospechoso, y finalmente pasó a Inglaterra donde obtuvo alguna recompensa. Sirvió con los ingleses, y tan solo murió ese año (1741), bastante viejo, en la isla de Wight, donde era gobernador para los ingleses desde hacía varios años con una gran autoridad, y reputación en este oficio.³⁰

El relato de Saint-Simon es un precioso hito en la cristalización de la memoria de los *Camisards*, un largo proceso que ha sido aclarado por los trabajos de Philippe Joutard³¹. En realidad, las circunstancias y el significado de la marcha de Cavalier y de sus hombres han sido objeto de polémica hasta nuestros días y llaman al cruce de fuentes diversas. Él mismo redactó unas memorias para justificar su conducta durante los meses decisivos del año 1704, sin conseguir disimular las contradicciones, confirmadas por el importante corpus de documentos reunido por Henri Bosc. Lo vemos así tambaleado entre la tentación de una incorporación a los ejércitos reales y el deseo de una amnistía que le dejaría libre de sus compromisos ulteriores. Mejor jefe militar que hábil político, no parece darse cuenta de hasta qué punto estos dos deseos son incompatibles, como demuestra la carta que él mismo envía a Luis XIV en mayo: «[...] Jean Cavaillé suplica muy humildemente a Su Majestad de concederle y a todos los que estuvieron con él, un perdón y una amnistía por su falta [...] y de bien querer permitirle salir del Reino con los cuatrocientos de los cuales se dará una memoria, y de tener también aquella de

30. SAINT-SIMON (1983). *Mémoires*, edición de Yves Coirault, Bibliothèque de la Pléiade, París: Gallimard, tomo II, p. 459-460: «Les Fanatiques, battus et pris en diverses rencontres, demandèrent vers la mi-mai [1704] à parler sur parole à La Lande, qui servait d'officier général sous le maréchal de Villars. Cavalier, leur chef, qui était un armurier, mais qui avait de l'esprit et de la valeur, demanda amnistie pour lui, pour Rolland, un autre de leurs chefs, pour un de leurs officiers qui avait pris le nom de Catinat, et pour quatre cents hommes qu'ils avaient là avec eux, un passeport et une route pour eux tous jusque hors du Royaume, permission à tous les autres qui voudraient sortir du Royaume d'en sortir à leurs dépens, liberté de vendre leurs biens à tous ceux qui désireraient de s'en défaire, enfin le pardon à tous les prisonniers de leur parti. Cavalier vit ensuite le maréchal de Villars, avec une égalité de précautions et de gardes qui fut trouvée fort ridicule. Il quitta les Fanatiques moyennant douze cents livres de pension et une commission de lieutenant-colonel; mais Rolland ne s'accommoda point, et demeura le chef du parti, qui continua à donner de la peine. Ce fut un concours de monde scandaleux pour voir Cavalier partout où il passait. Il vint à Paris et voulut voir le Roi, à qui pourtant il ne fut point présenté. Il rôda ainsi quelque temps, ne laissa pas de demeurer suspect, et finalement passa en Angleterre où il obtint quelque récompense. Il servit avec les Anglais, et il est mort seulement cette année (1741), fort vieux, dans l'île de Wight, où il était gouverneur pour les Anglais depuis plusieurs années avec une grande autorité, et de la réputation dans cet emploi.»

31. JOUTARD, Philippe (1977). *La légende des Camisards. Une sensibilité au passé*, París: Gallimard.

darles caminos para conducirles fuera de su Reino, [...] de dejarles salir con él, los cuales se irán a su costa y con los pasaportes que suplicamos a Su Majestad de acordarles, y también de tener la bondad y la caridad de dar la libertad a todos los presos que están detenidos por un caso idéntico³² [...]». Su deseo de lealtad monárquica toma incluso una tonalidad casi mística en una carta escrita el día después a Villars: «[...] Nos creeremos muy afortunados, Mi Señor, si Su Majestad, tocada con nuestro arrepentimiento como ejemplo de la divinidad de la cual es la imagen viviente sobre la tierra, quiere hacernos la gracia de perdonarnos y de recibirnos en su servicio³³ [...]». ¿Acaso el jefe *camisard* no estaría soñando?

La respuesta detallada enviada por el rey a Villars no podía más que arruinar estas ilusiones proponiendo a los rebeldes una incorporación pura y simple al ejército en fase de constitución en vistas a intervenir en Portugal, y poniéndoles sin rodeos el trato en sus manos: «Todo lo que puedo hacer, es consentir que aquellos que han resuelto abandonar mi reino pasen a España para servir en mis tropas contra los portugueses. Haré repartir un número igual por cada batallón hasta cien. Si algunas personas tienen un carácter más marcado que otras, los haré oficiales. Y como quizás no convendría a Cavalier ni a Rolland que eran los dos cabecillas servir en calidad de subalternos, les permito, después de poner en España aquéllos que deben seguirles y que los habrán entregado al duque de Berwick, retirarse allá donde quisieran, y quiero bien darles una pensión honesta tal y como juzgaréis a este propósito y que lo estableceréis con ellos, mientras que desde cualquier lugar que estén, no sirvan en mi contra. Si toman este partido, los conduciréis hasta fuera de la frontera y por el Regimiento de Saint Cernin que los entregará a aquéllos que el duque de Berwick enviará al encuentro de ellos para recibirlos³⁴.» Como vemos, para el monarca, el compromiso de los rebeldes hugonotes al servicio de la causa de los Borbones en la Guerra de Sucesión de España constituye el test de su sumisión y de su lealtad.

Al conocerse las condiciones, durante una reunión de los dirigentes *camisards* que tuvo lugar el 28 de mayo, éstas provocan una ruptura entre Cavalier y la mayo-

32. Carta con fecha de Pont d'Avène el 12 de mayo de 1704, Archives de la Guerre, Vincennes, vol. 1796, f. 118, citado por: Bosc, Henri (1987). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo III, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 469.

33. Archives de la Guerre, Vincennes, vol. 1796, f. 114, citado por: Bosc, Henri (1987). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo III, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 481.

34. Carta con fecha del 24 de mayo de 1704, Archives de la Guerre, Vincennes, vol. 1731, citado por: Bosc, Henri (1987). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo III, Les Presses du Languedoc, Montpellier, p. 571. «Tout ce que je puis faire, c'est de consentir que ceux qui ont résolu à quitter mon royaume passent en Espagne pour y servir dans mes troupes contre les Portugais. J'en ferai répartir un nombre égal dans chaque bataillon jusqu'à cent. S'il y a quelques gens qui aient des caractères plus marqués que les autres, je les ferai officiers. Et comme il ne conviendrait peut-être pas à Cavalier ni à Rolland qui étaient les deux chefs de servir en qualité de subalternes, je leur permets, après qu'ils auront mis en Espagne ceux qui doivent les suivre et qu'ils les auront remis au duc de Berwick, de se retirer partout où bon leur semblera, et je veux bien leur donner une pension honnête telle que vous jugerez à propos et dont vous conviendrez avec eux, pourvu qu'en quelqu'endroit qu'ils soient, ils ne servent pas contre moi. S'ils prennent ce parti, vous les ferez conduire jusques hors de la frontière et par le Régiment de Saint Cernin qui les remettra à ceux que le duc de Berwick enverra au-devant d'eux pour les recevoir.»

ría de sus segundos, en particular Ravel y Bonbonnoux: «Unos gritaron: libertad de conciencia. Los profetas gritaron: Cavalier traidor. Casi lo mataron³⁵ [...]» En sus *Mémoires*, él mismo tiende a atenuar la gravedad de la crisis y a reafirmar su compromiso hacia una amnistía sin condiciones y un reconocimiento de la libertad religiosa de los calvinistas: «Desde el momento en que comuniqué la noticia a mi gente [la salida hacia España y Portugal], alrededor de dos mil, todos hombres vigorosos, decididos a dejar padres, madres, relaciones, patria, para seguirme con la esperanza de encontrar una completa libertad de conciencia, parecieron alcanzados por un rayo e inmediatamente me rodearon, protestando que no se moverían antes de que sus allegados no fuesen puestos en libertad, en conformidad con el tratado³⁶.» A falta de una garantía formal por parte del soberano, Villars, inquieto por la evolución de la guerra en el Mediterráneo, intenta conseguir la decisión de Cavalier dirigiéndole un ultimátum: «[...] Una tropa de cegados creerán imponer la ley al Rey más grande del mundo. En una palabra, le digo, por la última vez, que los prisioneros tendrán la libertad y podrán irse donde quieran y que, como marca de esta buena fe, podréis tomar en vuestro camino todos aquéllos que están a vuestro alcance, que podréis o servir al Rey, o salir del Reino³⁷ [...]». Y es que en verdad el mariscal se inquieta: sabe desde hace poco, a través del virrey de Cataluña, la entrada de la flota anglo-holandesa en el Mediterráneo, y en esta nueva situación avisa al ministro Chamillart sobre los riesgos de enviar *camisards* a España, teniendo en cuenta informaciones de que dispone sobre las reacciones de los «malos súbditos del Rey de España» frente a la aproximación de las tropas francesas, sobretudo en Cataluña, donde tendrán que «contener los *esprits légers* de los catalanes³⁸».

A causa de la repugnancia de los *camisards* a seguir a su jefe hacia el destino marcado, los temores llevan al Rey a renunciar a enviar Cavalier a España y dirigirlo hacia Brisach, en Alsacia, esperando así ver mejor sus intenciones. Dudando seguramente sobre el partido a adoptar, Cavalier tuvo que decidirse a tomar la salida a la cabeza de sus fieles. El 21 de junio, se reunió con sus últimos seguidores, 90 tan solo, en la isla de Vallabrègues, en medio del Ródano. Desde allí tomaron la marcha que les conduciría a Alsacia, vía Valence, Lyon, y a dar un gran rodeo por París, donde Cavalier no desespera para obtener salirse con la suya presentándose personalmente delante del propio Luis XIV. El 15 de julio, tras pedir a sus hombres que le esperasen en Mâcon, aparece el joven Cevenol en París! Es recibido al día siguiente en Versalles por el ministro Chamillart, secretario de Estado en la Guerra, quien, si creemos lo que dice en sus *Mémoires*, le habría dado una sor-

35. ESPRIT FLÉCHIER, obispo de Nîmes, 10 de junio de 1704, *Lettres choisies*, Lyon, 1734, p. 277, citado por: BOSC, Henri (1987). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo III, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 591.

36. CAVALIER, Jean, *Mémoires*, p. 204, citado por: BOSC, Henri (1987). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo III, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 592.

37. VILLARS, *Mémoires*, tomo II, p. 312-313, citado por: BOSC, Henri (1987). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo III, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 596-598.

38. Archives de la Guerre, VINCENNES, vol. 1799, f. 145, citado por: BOSC, Henri (1987). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo III, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 623.

prendente lección de escepticismo religioso y de cinismo político, a la cual no temió para oponer sus propias convicciones:

[...] No pude evitar sonreír cuando, continuando, me dijo que, aunque no pudiese creer todo lo que enseña la Iglesia, lo debía fingir como se hace cuando se va a la comedia, sin darle más importancia. Cuando estéis en misa, podréis rezar al Diablo si os place. Dejad al Rey que os vea allí dos o tres veces y vuestra fortuna es un hecho. Tendréis una pensión de mil quinientas libras por año, así como para vuestro padre, y además, una comisión de brigadier en su ejército. Le respondí que cuando Moisés fue ya mayor, prefirió antes sufrir la adversidad al pueblo de Dios que probar los placeres de la Corte durante un tiempo. Sobre esto, riendo, me dijo: «De dónde habéis sacado esta historia de anciana? Creéis que, si la religión del Rey fuese falsa, Dios le habría bendecido y hecho prosperar como lo ha hecho? «Con todos mis respetos, le dije, «señor, [...] no puede sacarse ningún argumento de una feliz fortuna o de cualquier otra causa. Los reyes, como los demás hombres, sacan su religión de su educación. Si llegan a la edad madura, padecen la influencia de lo que han aprendido de mal y piensan tener mil razones para disimular sus sentimientos. El poder de la Corte y del Clero de Roma es tan grande que hasta los más poderosos monarcas no están a salvo de su resentimiento y, para no decir más, el abuelo de Su Majestad, Enrique el Grande, ha quedado como prueba»³⁹.

Como los profetas bíblicos, Cavalier insiste en hacer oír la voz de la revelación divina al poseedor del poder político. Tras entrevistarse con el ministro, pretende incluso haber sido recibido en audiencia por Luis XIV —cosa de la que dudan la mayoría de los historiadores. Sin embargo, un testigo bien situado, la princesa Palatina, escribe el 20 de septiembre a Sofía de Hannover (quien obtendría un relato análogo por el intermediario de Leibniz): «A Marly tan solo, he sabido que Cavalier ha visto al Rey en Versalles y si Dibagnet, el conserje del Palacio Real, no hubiese comido por casualidad con él, no lo sabría todavía actualmente⁴⁰.» Sea

39. CAVALIER, Jean, *Mémoires*, citado por: BOSC, Henri (1988). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo IV, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 24: «[...] Je ne pus m'empêcher de sourire lorsque, continuant, il me dit que, bien que je ne pusse croire tout ce que l'Eglise enseigne, je devais en faire le semblant comme l'on fait lorsque l'on va à la comédie, sans y donner plus d'attention. Quand vous serez à la messe, vous pourrez prier le Diable si cela vous plaît. Laissez le Roi vous y voir deux ou trois fois et votre fortune est faite. Vous aurez une pension de quinze cents livres par an, il en sera de même pour votre père et, de plus, une commission de brigadier dans son armée. Je lui répondis que lorsque Moïse fut avancé en âge, il préféra plutôt souffrir l'adversité avec le peuple de Dieu que de goûter les plaisirs de la Cour pour un temps. Sur quoi, riant, il me dit: Où avez-vous pris cette histoire de vieille femme? Croyez-vous que, si la religion du Roi était fausse, Dieu l'aurait béni et fait prospérer comme il l'a fait? Avec respect, dis-je, Monsieur, [...] nul argument ne peut être tiré d'une fortune heureuse ou de telle autre cause. Les rois, comme les autres hommes, tirent leur religion de leur éducation. S'ils arrivent à l'âge mûr, ils subissent l'influence de ce qu'ils ont appris de mal et pensent avoir mille raisons de dissimuler leurs sentiments. Le pouvoir de la Cour et du Clergé de Rome est si grand que les plus puissants monarques ne sont pas à l'abri de leur ressentiment et, pour ne pas en dire plus, l'aïeul de Sa Majesté, Henri le Grand, en est resté la preuve».

40. RECUEIL JAEGLÉ, Quartin, 1827, t. I, p. 318, citado por: BOSC, Henri (1988). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo IV, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 29.

lo que sea de la materialidad del hecho, el encuentro tiene un valor simbólico y, probablemente, es un preludio a la ruptura que se consumirá entre el joven rebelde y su soberano. Aunque, el 17 de julio, Chamillart lo recibe en su casa, en Villeneuve-l'Étang, para una última entrevista, en el transcurso de la cual le entrega el título de pensión de 1 500 libras, para recibir seguidamente el importe.

Una vez regresado a Mâcon, permanece allí hasta su marcha el 16 de agosto en dirección a Brisach, madurando la decisión que le hará volcarse hacia un nuevo destino. Llegado a Ornans el 26, decide seguir la voz interior que le dicta rechazar la autoridad de un soberano injusto y fugarse con 95 de sus compañeros, engañando la vigilancia del preboste real: «Supe por alguno de los míos que no estábamos más que a tres leguas de Montbéliard, antaño plaza fuerte, pero ahora ciudad abierta aliada de los Cantones suizos. El camino que llevaba allí estaba completamente arbolado [...] Iba con un campesino del lugar para orientarme en el bosque con el pretexto que había sido informado de que algunos de mis soldados tenían la intención de desertar.» Por la noche, tras una borrachera con los arqueros, se fugaron, alcanzando finalmente Neuchâtel, y después Lausana, bastión espiritual del calvinismo desde el siglo XVI. En adelante, su destino se reunió con el de sus hermanos hugonotes comprometidos en la guerra civil que dividía Europa.

Un encuentro con La Bourlie-Guiscard, instigador de la revuelta de los *Malcontentos* en Rouergue, lo convenció para ofrecer sus servicios al más próximo de los aliados en coalición contra los Borbones, el duque de Saboya Víctor-Amadeo. La solicitud que le manda muestra como escogió girar sus armas contra el rey tirano que oprime su patria:

Habiéndome sacado la Providencia de las trampas que Francia me había preparado, por suerte llegué a este país y creí que no podía hacer mejor cosa que dirigirme a un príncipe tan grande como vos y ofrecerle mis muy humildes servicios. El honor de servir bajo la bandera de Vuestra Alteza Real será lo más grande que pueda desear, mirando Mi Señor como el protector de los pueblos oprimidos en Francia, y espero que gracias a vuestro valor, los vecinos de Francia estarán a cubierto de ser molestados e invadidos por el más ambicioso de todos los monarcas⁴¹.

Desde el 5 de septiembre, el duque de Saboya aceptaba incorporar a Cavalier y sus hombres en quebrantamiento de destierro en las unidades combatientes asociadas a los ejércitos imperiales e ingleses. El embajador de Luis XIV, Puisieux, protestó pronto después al obispo de Basilea: «Un súbdito rebelde, un traidor, un enemigo de nuestra santa religión se ha refugiado en vuestros estados, encuentra asilo y pasa sin obstáculos. Estoy bien descontento de informar de ello al rey⁴² [...]» Es el inicio de la carrera militar que verá pasar el jefe hugonote al servicio de Inglaterra para encontrarse en 1707 en el campo de batalla de Almansa a la cabeza de un regimiento bajo las órdenes de su compatriota y correligionario Galway. Fue

41. CAVALIER, Jean, *Mémoires*, citado por: BOSC, Henri (1988). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo IV, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 301.

42. Arch. Ministère Affaires Étrangères de Suisse, n. 153, f. 11, citado por: BOSC, Henri (1988). *La guerre des Cévennes, 1702-1710*, tomo IV, Montpellier: Les Presses du Languedoc, p. 303.

una batalla sangrienta y fuertemente simbólica a la vez, a ojos de Voltaire: «Lo que le ocurrió a este regimiento sirve para demostrar la rabia de las guerras civiles, y lo mucho que aporta la religión a esta furia. La tropa de Cavalier se encontró enfrentada a un destacamento francés. En cuanto se reconocieron, se fundieron el uno contra el otro con la bayoneta, sin disparar.[...] El furor hizo lo que casi jamás hace el valor. No quedaron más de trescientos hombres de estos regimientos.» Y a Voltaire de concluir recordando a quien debía este testimonio: «El mariscal de Berwick contaba a menudo con asombro esta aventura⁴³.»

Así pues, ¿hace falta recordarlo? El mariscal de Berwick dirigía en Almansa el ejército de los reyes de Francia y España, lo cual ya no es más el fruto del azar que la presencia de los hugonotes en el campo adverso⁴⁴. No era ni el primero, ni el último hecho de armas de este personaje enigmático sobre el suelo de España en el transcurso de la Guerra de Sucesión. Saint-Simon dedicó un retrato de colores subidos a este guerrero de sangre real, cuyo destino estaba igualmente cargado de paradojas:

Estábamos en la edad de oro de los bastardos. Berwick tan solo tenía dieciocho años cuando llegó a Francia en 1688, con el rey Jacobo II, a la revolución de Inglaterra: fue nombrado lugarteniente general a los veintidós años de golpe, y sirvió en 1692 en el ejército de Flandes sin haber pasado antes por ningún otro grado, y habiendo servido únicamente como voluntario. A los treinta y tres años se puso a la cabeza del ejército de Francia y España en España, con una patente como general del ejército, y, a los treinta y cuatro años, gracias a su victoria de Almansa, mereció ser nombrado grande de España y caballero del Toisón de Oro. [...] Era duque de Inglaterra, y, aunque no tengan rango alguno en Francia, el Rey lo había concedido a aquéllos que siguieron al rey Jacobo, que habían dado la Jarretera a Berwick a punto de producirse la Revolución. [...] Estaba en Inglaterra como los judíos que siempre esperan el Mesías; se jactaba también siempre de una revolución que situaría de nuevo a los Estuardos en el trono, y él en consecuencia en sus bienes y honores. Era hijo de la hermana del duque de Marlborough, que lo quería bastante, y con el cual, del grado del Rey y del rey de Inglaterra, mantenía un comercio secreto, en que los tres fueron engañados. [...] Tres hijos elevados a la herencia de la primera dignidad de los tres primeros reinos de Europa, cabe decir que no es mal andar a los cuarenta años, con todo lo que tenía por otros lados; pero echó de menos a Inglaterra. Por más que la tuvo en cuenta durante toda su vida, que cortejó su ministerio, que recogió todos los considerables ingleses que pasaban a Francia, que estableció un comercio de estrecha amistad con sus embajadores en Francia, nunca pudo conseguir restablecerse de ningún modo⁴⁵.

43. VOLTAIRE, *op. cit.*, capítulo XXXVI, p. 1061.

44. ROHAN CHABOT, Alix de (1990). *Le maréchal de Berwick*, París: Albin Michel, p. 173.

45. SAINT-SIMON (1984). *Mémoires, op. cit.*, tomo III, p. 936-938: «Nous étions en l'âge d'or des bâtards. Berwick n'avait que dix-huit ans lorsqu'il arriva en France en 1688, avec le roi Jacques II, à la révolution d'Angleterre: il fut fait lieutenant général à vingt-deux ans tout d'un coup, et en servit en 1692 à l'armée de Flandres sans avoir passé auparavant par aucun autre grade, et n'ayant servi que de volontaire. A trente-trois ans il commanda en chef l'armée de France et d'Espagne en Espagne, avec une patente de général d'armée, et, à trente-quatre ans, mérita par sa victoire d'Almansa d'être fait grand d'Espagne et chevalier de la Toison d'or. [...] Il était duc d'Angleterre,

Como vemos, el «pequeño duque» maldiciente titubea aquí entre un cierto menosprecio hacia el bastardo desdichado y la admiración debida a sus hojas de servicios. Su retrato se apoya en varios complementos, necesarios para comprender las frustraciones acumuladas por el joven duque: no tanto por la vergüenza de su bastardía, ya que su padre Jacobo II no tardó en reconocerlo y asignarle un rango; si no sin duda por la marcada frialdad de su madre, Arabella Churchill, quien se casaría y establecería en Inglaterra sin volver a ver a su hijo. En la *Ebauche d'éloge historique* que dedicó al mariscal, su amigo Montesquieu resulta más elocuente⁴⁶ sobre el peso de las adversidades padecidas cuando «tenía apenas dieciocho años» y tuvo que acompañar a su padre en la huída, a quien Luis XIV dio refugio en Saint-Germain en Laye: «[...] en 1688 llegó la revolución de Inglaterra; y, en este círculo de desgracias que rodearon al rey de golpe, el duque de Berwick estuvo encargado de los asuntos que necesitaban la mayor confianza». Tuvo que asumir rápidamente responsabilidades aplastantes en la desgraciada guerra de Irlanda, donde había acompañado a su padre en 1690, y durante la cual, nombrado lugarteniente general, tomó parte en el sitio de Londonderry (junio), y después en la batalla de Boyne frente a Guillermo III (9 de julio de 1690). Tras el sitio de Limerick, dirige la evacuación hacia Francia de tropas irlandesas que siguieron fieles, y que serán integradas en los ejércitos franceses⁴⁷.

Después de este fracaso, exiliado definitivamente, el joven emprende una carrera militar al servicio de Francia, marcando distancias con las intrigas que agitan la pequeña corte de Jacobo II, centro del partido «jacobita». Situado en medio entre la fidelidad hacia su ascendencia británica y la ambición de abrirse camino al servicio de Francia, toma una decisión señalada a favor de su patria de adopción al principio de la Guerra de Sucesión, cuando «[...] en 1703, a la vuelta de la campaña [de Flandes], se naturalizó francés, con el consentimiento de la corte de Saint-Germain⁴⁸». Tomó parte en su decisión tanto cálculo como sentimiento, si tenemos que hacer caso a ese mala lengua de Saint-Simon, que no se anda con rodeos para burlarse de ese joven ambicioso «que tenía buen olfato», «frío y naturalmen-

et, quoiqu'ils n'aient point de rang en France, le Roi l'avait accordé à ceux qui avaient suivi le roi Jacques, qui avait donné la Jarretière à Berwick sur le point de la Révolution. [...] Il était sur l'Angleterre comme les juifs qui attendent toujours le Messie; il se flattait toujours aussi d'une révolution qui remettrait les Stuarts sur le trône, et lui par conséquent en ses biens et honneurs. Il était fils de la sœur du duc de Marlborough, dont il était fort aimé, et avec lequel, du gré du Roi et du roi d'Angleterre, il entretenait un commerce secret, dont tous trois furent les dupes. [...] Trois fils héréditairement élevés à la première dignité des trois premiers royaumes de l'Europe, il faut convenir que ce n'était pas mal cheminer à quarante ans, avec tout ce qu'il avait d'ailleurs; mais l'Angleterre lui manqua. Il eut beau la ménager toute sa vie, en courtiser le ministère, recueillir tous les Anglais considérables qui passaient en France, lier un commerce d'amitié étroite avec ses ambassadeurs en France, jamais il ne put obtenir de rétablissement».

46. Esta «*Ebauche*» —«esbozo»—, escrita por Montesquieu tras la muerte de Berwick en 1734, estaba destinada a servir como prefacio a las *Mémoires* del mariscal, publicadas tan solo en 1778. Cf. MONTESQUIEU (1964). *Œuvres complètes*, edición de Daniel Oster, París: Editions du Seuil, p. 839-843.
47. Los irlandeses, alrededor de 12 000, forman entonces nueve regimientos de infantería, dos de caballería y dos compañías de guardias de corps. Cf. Alix de Rohan-Chabot, *op. cit.*, p. 47.
48. MONTESQUIEU, *op. cit.*, p. 840.

te silencioso, bastante seguro de sí mismo y gran cortesano⁴⁹». A partir de entonces le fueron asignadas las misiones más difíciles, que le condujeron hacia diversos campos de operación y sobretodo a España en tres ocasiones.

Montesquieu, generalmente un hombre poco entusiasta, no escatima en su admiración por sus mandos sucesivos en el transcurso de la guerra: «En 1704, prosigue, el rey lo envió a España con dieciocho batallones y diecinueve escuadrones que debía dirigir; y a su llegada el rey de España lo declaró capitán general de sus ejércitos, y lo cubrió (delante suyo) [...] Ese año 1704, el duque de Berwick salvó a España, impidió al ejército portugués ir hasta Madrid. Su ejército era más fiable de los dos tercios; las órdenes de la corte venían una tras otra pidiendo la retirada y no arriesgarse. El duque de Berwick, que vio España perdida si obedecía, se aventuró sin cesar y lo disputó todo. El ejército portugués se retiró.» Tras su inesperada llamada, es mandado para suceder a Villars en el Lenguadoc, donde prosigue la represión de los *camisards* sin retroceder frente a un método fuerte. En lo sucesivo, rechazando cualquier emoción, metódico y seguro de él mismo, el bastardo inglés entró en el pequeño círculo de los grandes jefes de guerra al servicio del Rey Sol, quien acabó por reconocer su mérito haciéndolo mariscal de Francia en 1706.

El mismo año, la crítica situación creada por el lamentable fracaso de Felipe V frente a Barcelona lo trae de nuevo a Portugal y España. «Dije, insiste Montesquieu, que antes de abandonar España, la primera vez que allí sirvió, la había salvado; la salvó de nuevo esta vez. [...] Los portugueses van a Madrid; y el mariscal, gracias a su sabiduría, sin entablar una sola batalla, vació Castilla de enemigos, y arrinconó su ejército en el reino de Valencia y Aragón. Los condujo paso a paso, como un pastor conduce a los rebaños. [...] Hizo más de diez mil prisioneros; y gracias a esta campaña preparó la segunda, más célebre aun por la batalla de Almansa, la conquista del reino de Valencia, de Aragón, y la toma de Lérida.» Las distinciones de las que es objeto por parte de Felipe V parecen plenamente legitimadas para el autor de *L'Esprit des lois*: «Fue en ese año de 1707 que el rey de España dio al mariscal de Berwick las villas de Liria y Xerica, con la grandeza de la primera clase; lo que le procuró un establecimiento aun mayor para su hijo del primer matrimonio, con doña Catarina de Portugal, heredera de la casa de Veraguas. M. el Mariscal le cedió todo lo que tenía en España⁵⁰.» Incliniéndose delante de los hechos de armas y la habilidad del mariscal, el puntilloso duque y noble francés como es Saint-Simon se ofusca con el hecho que en 1710, «osó proponer, y se tuvo la vergonzosa debilidad de acordárselo, la exclusión formal de su hijo mayor en sus letras de duque y nobleza, en las cuales hizo a llamar todos los del segundo matrimonio», tras cederle el título obtenido en España, y que hiciese aceptar por Luis XIV «este arreglo familiar, que ponía sobre hombros de un cadete la primera dignidad del reino después de su padre», en este caso el ducado «que hizo construir bajo el bárbaro y vergonzoso nombre de Fitz-James, otra debilidad

49. SAINT-SIMON, *Mémoires*, op. cit., tomo III, p. 440 y 540.

50. MONTESQUIEU (1964). «Ebauche de l'éloge historique du maréchal de Berwick», *Œuvres complètes*, edición de Daniel Oster, París: Editions du Seuil, p. 839-843.

que se tuvo otra vez por él⁵¹». En definitiva, el glorioso mercenario al servicio de la corona de Francia no se hizo aceptar fácilmente entre las filas de la aristocracia.

Tras alcanzar por fin la cima de los honores en su patria adoptiva, el mariscal rechaza ser el instrumento del partido jacobita que, tras la muerte de Jacobo II (1701), trasladó sus esperanzas sobre el hermanastro de Berwick, reconocido rey de Inglaterra por Luis XIV con el nombre de Jacobo III. Así pues, evita unirse a la expedición lanzada en 1708 para reconquistar Escocia, que resulta un fiasco. Conoce y mide las debilidades de los suyos y prefiere aprovechar las posibilidades de una restauración por las vías diplomáticas manteniendo unas relaciones discretas con su tío Marlborough y su hermanastra la reina Ana. Los ultras del partido jacobita no desaprovechan la ocasión para reprocharle esta prudente tibieza, y Montesquieu toma su defensa estimando que su crítica «no está basada más que en lo que se quiere siempre ver en el mariscal de Berwick como un hombre sin patria, y que no se quiere meter en la cabeza que se ha convertido en un francés. Vuelto francés por el consentimiento de sus primeros amos, siguió las órdenes de Luis XIV. [...] Hubo que acallar su corazón y seguir los grandes principios⁵² [...]», es decir, someterse sin reticencia alguna al poder del soberano de su patria adoptiva.

Sin embargo está comprobado que, hijo de rey, Berwick no renunció a apoyarse sobre las complicadas redes de la diáspora jacobita, que despliega una actividad febril durante la Guerra de Sucesión con tal de compensar los fracasos de la derrota y del exilio. «En sus órdenes, destaca el sagaz Montesquieu, todas las familias inglesas o irlandesas pobres, que tenían algún tipo de relación con alguien de su familia, tenían una especie de derecho para introducirse en su casa [...]». La protección debida a esta clientela de exiliados conlleva evidentemente obligaciones, pero permite que se espere de ello informaciones y servicios discretos. Por falta de aclararlo, contentémonos aquí con señalar las estrechas relaciones que Berwick mantenía con un personaje emprendedor que colaboró con él en España: Toby Bourke, de quien Saint-Simon describe las intrigas con su locuacidad inimitable:

Mme des Ursins obtuvo aun de llevar a España el caballero Bourk con carácter público de enviado del rey de Inglaterra, y seis mil libras de sueldo pagado por el Rey. Era un gentilhomme irlandés católico, que por falta de pan fue a maquinarse a Roma, metido en casa del cardenal de Bouillon, que era por entonces amigo íntimo de Mme des Ursins. Bourk era un hombre de mucho carácter, completamente dedicado a la intriga, por tanto hombre de honor, y obsesionado con la política y el razonamiento [...] Cansado a continuación de no encontrar ningún empleo en Roma, volvió a Francia, se casó con una hija de Varennes que hemos visto quitar del gobierno de Metz, y pronto después se fue a vivir a Montpellier. Viendo el reino de Mme des Ursins en España, fue a su encuentro, y fue muy bien recibido. Ella lo utilizó para muchas cosas, y le dio la posibilidad de acceder bastante libremente cerca del rey y de la reina de España. Allí pudo nadar en la abundancia. Le gustaban los negocios y las intrigas, así lo procuraba, y, sin tenerlo claro, estaba bastan-

51. SAINT-SIMON, *Mémoires*, op. cit., tomo III, p. 938-939.

52. MONTESQUIEU, op. cit., p. 842.

te informado de los intereses de los príncipes, y pasaba su vida con proyectos. Con todo esto y sus necesidades, nada le impedía decir la verdad frente a frente a los personajes principales, a Orry, a Mme des Ursins, a la reina de España y a continuación al rey y a la otra reina su mujer, a Alberoni, a los ministros más autorizados, quienes lo admitieron en su familiaridad, se sirvieron para los adentros, lo consultaron y lo apreciaron, pero lo temieron lo bastante como para no darle nunca un empleo, ni subsistencias más que parcas. Lo he visto bastante en España, y me lo he encontrado a menudo⁵³.

No obstante, gracias a Henry Kamen, sabemos que, después de la batalla de Almansa, cuando Macanaz fue nombrado *juex de confiscaciones* en Valencia, Toby Bourke, alias Tobías del Burgo, colabora estrechamente con él y se beneficia de favores considerables, comenzando por una pensión anual de 30 000 reales, concedida el 28 de noviembre de 1707⁵⁴. Importantes donaciones de tierras se sumarán al año siguiente, evaluadas en 43 385 pesos, lo que le sitúan a la cabeza de los beneficiarios de cualquier categoría, inmediatamente después del duque de Berwick⁵⁵. Citemos, por otra parte, a varios militares irlandeses e ingleses entre los que se aprovechan de este modo de la conquista de Valencia, sobre todo Tom Cavanagh y Walter Stapleton, dotados cada uno de tierras estimadas en 5 500 pesos. Cuando en 1709 Felipe V, desesperado, decide gravar estas confiscaciones con una tasa del 80 % de sus ingresos [*de los frutos*], Bourke alza enérgicas protestas: «esta medida reducirá a la mendicidad a numerosos oficiales y a muchas viudas y huérfanos cuyos padres y esposos murieron en esta guerra al servicio del Rey Católico [...] Por este decreto yo voy a perder todo lo que el rey de España me dio en confiscaciones⁵⁶». Está permitido estimar que la destacada eficacia de la acción de Berwick en España —y quizás en otros lugares— encontró sólidos relevos en la colaboración de sus compatriotas jacobitas.

53. SAINT-SIMON (1983). *Mémoires, op. cit.*, tomo II, p. 581-582: «Mme des Ursins obtint encore d'emener en Espagne le chevalier Bourk avec caractère public d'envoyé du roi d'Angleterre, et six mille livres d'appointements payés par le Roi. C'était un gentilhomme irlandais catholique, qui faute de pain s'était intrigué à Rome, et fourré chez le cardinal de Bouillon, qui alors était ami intime de Mme des Ursins. Bourk était homme de beaucoup d'esprit, entièrement tourné à l'intrigue, homme d'honneur pourtant, et malade de politique et de raisonnement [...] Fatigué dans les suites de ne trouver point d'emploi à Rome, il revint en France, s'y maria à une fille de Varennes que nous avons vu ôter du gouvernement de Metz, et bientôt après s'en alla vivre à Montpellier. Voyant le règne de Mme des Ursins en Espagne, il alla l'y trouver, et en fut très bien reçu. Elle s'en servit en beaucoup de choses, et lui donna un accès fort libre auprès du roi et de la reine d'Espagne. Il eut lieu de nager là en grande eau. Il aimait les affaires et l'intrigue, il l'entendait bien, et, avec l'esprit diffus et quelquefois confus, il était fort instruit des intérêts des princes, et passait sa vie en projets. Avec tout cela et ses besoins, rien ne l'empêchait de dire la vérité à bout portant aux têtes principales, à Orry, à Mme des Ursins, à la reine d'Espagne, et dans les suites au roi et à l'autre reine sa femme, à Alberoni, aux ministres les plus autorisés, qui tous l'admirent dans leur familiarité, s'en servirent au-dedans, le consultèrent et l'estimèrent, mais le craignirent assez pour ne lui jamais donner d'emploi, ni de subsistance que fort courte. Je l'ai fort vu en Espagne, et m'en suis bien trouvé.»

54. KAMEN, Henry (1974). *La Guerra de Sucesión en España, 1700-1715*, Barcelona: Grijalbo, p. 355.

55. KAMEN, Henry, *op. cit.*, p. 356.

56. Carta a Torcy, 21 de octubre de 1709, en: HENRY KAMEN, *op. cit.*, p. 357.

Si *L'Ebauche de l'éloge* dedicado a Berwick por Montesquieu testimonia una estima y una admiración no fingidas, el lector no puede dejar pasar un silencio sorprendente. Tras acoger el plan de defensa instaurado en 1709 por el mariscal en los Alpes y su «talento especial» en llevar una guerra defensiva, el autor hace secamente mención de la paz de Utrecht, firmada en 1713, después de la muerte de Luis XIV, ocurrida en 1715. Pero no encontramos de su pluma una sola mención, un solo comentario, una sola palabra sobre la última campaña de Berwick en España: el sitio y la capitulación de Barcelona. No puede tratarse de un olvido, de parte de un espíritu tan sagaz. El silencio de Montesquieu respecto al 11 de septiembre de 1714 no puede más que dejar entrever un reproche mudo sobre la acción inflexible de uno de los hombres de guerra «más gloriosos por lo que han hecho que por lo que han dicho». Sin duda no se resignaba a compartir la satisfacción expresada por el vencedor en ese día memorable: «Los habitantes estaban en sus casas, sus tiendas y las calles, viendo pasar nuestras tropas como en tiempos de paz; algo quizás increíble el hecho de que una gran tranquilidad sucediese en el momento a una revuelta tan grande; algo aun más maravilloso fue el hecho que una ciudad tomada por la fuerza no fuese saqueada; no podemos atribuirlo más que a Dios, ya que todo el poder de los hombres jamás hubiera podido contener al soldado⁵⁷.» Sin duda, Dios también había decidido desquitar de este modo al joven bastardo en ese día por los ultrajes padecidos antaño en Inglaterra y después en Irlanda.

Sin pretender ser exhaustiva ni definitiva, la perspectiva que acaba de trazarse desea llamar la atención sobre parte de las disidencias políticas y religiosas preexistentes en la elección de uno de los dos campos que se enfrentan a lo largo de la Guerra de Sucesión de España. Los hugonotes franceses no estaban más directamente implicados en el conflicto abierto por la muerte y el testamento de Carlos II que los jacobitas ingleses. Pero eran, los unos y los otros, portadores de una experiencia pasada hecha de fracasos, humillación, exclusión, así como de valores morales, políticos, religiosos, con los que no estaban dispuestos a transigir. En el contexto del despertar de las luchas religiosas de evidentes implicaciones dinásticas y políticas, su intervención en la guerra les parecía responder a una llamada providencial a un combate donde pensaban encontrar la justificación de su causa, con riesgo de romper sus lazos de lealtad hacia su patria para contraer fuera de ella nuevas fidelidades.

57. DE ROHAN-CHABOT, Alix, *op. cit.*, p. 262.